dio de los grandes sucesos que presenció el siglo diez y seis, es preciso que volvamos á tomar el hilo histórico que dejamos de nuestras manos al concluir el reinado de *Ahuitzotl*, monarca que pretendió apoderarse en vano del reino de Michoacan, despues de haber adelantado sus conquistas hasta mas allá de Guatemala. Los hechos que se han recopilado en este rápido relato del antiguo México, nos demuestra su estado social, material é intelectual, infinitamente superior al de las otras naciones de la América del Norte. El imperio mexicano era entonces para esta parte del continente, lo que el Perú era para la América del Sur. Sin embargo, quien juzgase únicamente esta civilizacion por las relaciones de los conquistadores, antiguos viageros y primeros historiadores, formaria ciertamente una idea exagerada y caeria en ridículos errores. Los nombres mas pomposos, las comparaciones mas brillantes y los elogios mas absolutos, se agolpan en tropel bajo la pluma de los primeros observadores, y se aplican á falta de un razonado aprecio á los monumentos, instituciones, reglamentos de administracion y productos artísticos, muy inferiores en verdad á lo exagerado de sus relatos, lo que es menester no perder de vista en el exámen de las antiguas narraciones del imperio mexicano.

CAPITULO IV.

Desde el reinado de Moctezuma II, hasta la alianza de los españoles con los tlascaltecas.

MOCTEZUMA II, *nono rey de México. República de Tlascala: sus instituciones y su historia antigua: guerras entre esta república y el imperio mexicano. Horrorosa hambre: sublevacion de los mixtecas y zapotecas: expedicion á Guatemala. Rebelion de Atlixco. Nuevas expediciones á la Mixteca y Guatemala. Expediciones á la provincia de Amatlan y otras del imperio: presagios de la venida de los españoles. Acontecimiento notable de una princesa mexicana: sublevacion de Jochitepec. Ereccion de un nuevo altar de víctimas humanas. Nuevas expediciones de los mexicanos. Muerte de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan: disenciones entre los sucesores á la corona. Expedicion de Francisco Hernandez de Córdoba. Expedicion de Juan de Grijalba: aturdimiento en la córte de Moctezuma. Expedicion de Hernan Cortés: su salida del puerto de la Habana: arribo de la armada á Tabasco: gran batalla con los indios. Arribo de los españoles á México: entrevista con los aztecas: embajadas y regalos: disturbios en el campamento español: conducta de Cortés en Zempoala: fundacion de Veracruz: destruccion de la flota. Los españoles*

marchan sobre Tlascala: límites del imperio mexicano: embajada á Tlascala: sangrientas batallas: victoria de Cortés: ataque nocturno: negociaciones y paz con la república: embajada de Moctezuma: entrada de los españoles en Tlascala: embajada azteca.

MOCTEZUMA II, *nono rey de México* (1502). Luego que fueron celebradas las exequias del monarca Ahuitzotl, los electores se reunieron para nombrarle sucesor, y todas las miradas se fijaron en el príncipe Moctezuma, hijo del rey Axayacatl. Era uno de aquellos hombres que la Providencia pone en el trono, cuando ha pronunciado la caida de un imperio. Se habia dado á conocer en la guerra como uno de los mejores generales del ejército, y al mismo tiempo desempeñaba las funciones sacerdotales. Su esterior grave y devoto le hacia respetar de la multitud. Era hombre disimulado, de accion y palabras elocuentes, y tenia una grande influencia en el consejo. Habiendo sido elegido por unanimidad rey y soberano pontífice, se apresuraron á participar esta eleccion á sus dos reyes aliados, los cuales fueron desde luego á rendirle el debido homenage. Cuando Moctezuma tuvo noticia de su nombramiento, se retiró al templo para dar á entender su repugnancia de aceptar tan elevada dignidad, y allí fué la nobleza en cuerpo á buscarle, donde le hallaron barriendo el pavimento del santuario, lamentándose de su alta fortuna y rogando á los dioses que no permitiesen colocar sobre sus hombros la capa real, porque se consideraba incapaz de soportar el peso de la corona. Los sacerdotes habian ya penetrado la hipocresía del hombre, y desde aquel momento vieron en él un peligroso rival; mas por eso no fueron indiferentes á los tristes acontecimientos de su reinado, ni á su deplorable fin. Habiéndose procurado víctimas entre los habitantes de Atlixco, que poco antes se habian rebelado contra la corona, tuvieron efecto las solemnes fiestas de la coronacion en medio del público regocijo de todos los aztecas.

Pero apenas se vió asegurado sobre el trono de sus abuelos, cuando arrojó lejos de sí aquel manto de modestia y humildad con que se habia cubierto; pues se presentó tal cual la naturaleza le habia creado, con todo su orgullo y despotismo. Los honores y empleos no habian sido hasta entonces la hacienda exclusiva de la nobleza; pero Moctezuma, queriendo apoyarse únicamente en ella, no tuvo inconveniente en concedérselos todos, de modo que solo ella tuvo el privilegio de la servidumbre y favores del monarca. Esta impolítica preferencia desvió el espíritu afectuoso de la inmensa mayoría de sus súbditos, y ella debe considerarse como una de las causas de su estrepitosa caida. El reinado de Moctezuma ha debido ser juzgado con severidad, tanto por los súbditos que no supo defender, como por los conquistadores de quienes fué el juguete y la víctima; mas á nosotros nos toca considerarlo únicamente por sus hechos.

Desde los primeros años de su reinado estableció una cadena de innovaciones en las instituciones del pais. La voluntad del dueño se hizo la única ley del estado, y sus medios de gobierno vinieron á resolverse en la violencia y el temor. No ignoraba ni las miserias, ni las quejas de los pueblos; pero la opresion era el único norte de su ambiciosa política. No imitó las virtudes de sus predecesores; pues como se ha visto en los dos primeros capítulos, ellos eran los primeros en marchar á la guerra, se hacian familiares con todos, y vivian entre sus generales y soldados. Moctezuma se dejaba ver en público rara vez, comunicando tan solo con sus ministros y aun con reserva; y creyendo que el aislamiento daria mayor realce á la magestad de su trono, se hizo adorar como un oráculo por los mismos que adulaban bajamente la ostentacion de su grandeza.

No obstante, es necesario dar á conocer otras innovaciones mas felices, que son demasiado honoríficas al nombre de este monarca; pues desde el principio de su reinado se le vió dedicar el mayor cuidado á la distribucion de la justicia. La ministraba bien y prontamente sin distincion de categorías. Sus ordenanzas contra la ociosidad merecen particular mencion; pues exigia que todo hombre tuviese una ocupacion. Sus soldados maniobraban diariamente y eran empleados en los trabajos de utilidad pública. En medio de su empeñosa proteccion á la agricultura, con astuta política atrajo á su devocion las clases ínfimas de la sociedad, socorriendo sus necesidades con extraordinaria profusion. Erigió la ciudad de Colhuacan en un vasto hospicio, donde los pobres, los soldados enfermos y los ancianos se alojaban, mantenian y vestian á espensas del estado. Su inclinacion á todo lo que podia aumentar el esplendor del trono, le determinó á cambiar el ceremonial de la córte, y en consecuencia multiplicó los detalles y el fausto. Creó una guardia noble encargada de velar continuamente sobre su persona, y se rodeó de una pompa desconocida hasta su tiempo. Pronto echarémos una ojeada sobre esta magnificencia imperial, sobre los palacios reales y sobre la córte, los grandes y el pueblo; pero es preciso referir antes otros importantes sucesos.

República de Tlascala: sus instituciones y su historia antigua: guerras entre esta república y el imperio mexicano (1503). En esta época los límites del reino de Moctezuma, como ya lo hemos dicho, se extendian hasta las fronteras de Guatemala y Yucatan; pero á muy corta distancia de la capital, tres estados independientes habian sabido conservar su libertad y soberanía, á saber, el reino de Michoacan, y las repúblicas de Tepeaca y de Tlascala. Moctezuma dirigió primeramente sus miradas á esta última, pero antes de relatar los sucesos de la guerra entre ambos paises, no podemos pasar en silencio el orígen de aquella república, su estado social y político, y el carácter particular de sus habitantes.

Los tlascaltecas, que descendian de la misma raza que los mexicanos, pertenecian á los antiguos emigrados de las regiones del Norte, invasores de la llanura del Anáhuac á fines del siglo doce. Se habian establecido primero en el valle de México, en el cual robaban á sus habitantes sedentarios y agrícolas; pero éstos se reunieron por un interés de comun defensa, y obligaron á aquellos bandidos á buscar su fortuna en otra parte, despues de haberles ganado una terrible batalla en Poyauhtlan. Muchos de ellos se internaron en los bosques, hácia el norte del valle, y se asociaron á los pueblos cazadores; otra porcion se dirigió al Oriente y al Sur, yendo unos á establecerse á la inmediacion de los volcanes de Popocatepetl y Orizaba, y los otros en mayor número tomaron el camino por Cholula, y fueron á construir sus cabañas de ramage al pié de la gran montaña de Matlacueye. Allí se establecieron despues de haber espulsado á los *olmecas y jicalancos*, antiguos poseedores de aquel pais.

El gefe que los habia conducido á la victoria, recibió con su obediencia el nombramiento de monarca. Muy pronto sus chozas fueron un pueblo, que colocaron sobre un terreno elevado en medio de rocas de difícil acceso. No se contentaron con la construccion de una plaza fuerte, sino que del centro de su distrito hicieron un vasto campo atrincherado, aprovechándose con inteligencia de todas las irregularidades del terreno. Al Occidente lo cerraron con fosos profundos y anchos parapetos; al Oriente, con unas murallas de seis millas de longitud; al Sur, el alto Matlacueye les proporcionaba una muralla hecha por la naturaleza; y hácia el Norte, una cadena de ramages de la cordillera les permitió establecer una línea de puntos inexpugnables. En este recinto, muy al abrigo de las invasiones de sus vecinos, se civilizaron por medio del cultivo de sus terrenos, ejercitando en ellos el arte de la guerra por algunos años para mantener su independencia nacional. Habia dos siglos que Tlascala tenia las armas en las manos para combatir las pretensiones de sus vecinos, y ahora se preparaba á luchar contra el poderoso imperio mexicano, que no habia podido conseguir humillarlos bajo su yugo, ni aun penetrar en sus fronteras. Los tlascaltecas hablaban la lengua de los aztecas, tenian el mismo culto religioso y sanguinario, las mismas supersticiones, iguales preocupaciones, las mismas artes y casi la misma civilizacion. En su ódio mortal contra México, ofrecian su territorio como lugar de refugio para todos los enemigos del imperio. Las filas de su ejército se aumentaban con todos los proscriptos, y con cuantos vencidos se veian obligados á evadirse del cuchillo del gran sacrificador mexicano.

Los habitantes de Tlascala eran tan orgullosos y valientes como sus enemigos. Su gobierno no era absoluto. La forma aristocrática y oligárquica habia prevalecido en un cierto número de familias nobles. La ciudad se hallaba dividida en cuatro cuarteles,

gobernados por cuatro gefes, que lo eran tambien de cierta porcion de terrenos, lugares y aldeas dependientes de cada cuartel. En una palabra, la república se componia de cuatro pequeños estados federales, cuyo centro y capital era la ciudad de Tlascala. Los gobernadores reunidos á las familias nobles, ejercian el poder legislativo en todo negocio de estado; pues á esta asamblea ó senado de la nacion tocaba dictar las leyes, los tratados de paz y los reglamentos de administracion pública, como tambien hacer la declaracion de guerra. Los robustos y trabajadores tlascaltecas habian utilizado todos los accidentes de su feracísimo suelo, propio para diversas clases de cultivos; pues él les producia abundante cosecha de maiz é innumerables plantas del muy apreciado maguey. Su cochinilla era entonces la mas solicitada de todos los paises; y el comercio de cambios les proporcionaba lo que aquellos no producian. Sin embargo, la porcion que habitaba en la parte mas montañosa é ingrata del pais, conservaban las costumbres y el carácter de los pueblos cazadores. Observábanse en sus leyes algunas huellas de justicia distributiva y de jurisprudencia criminal: ellos castigaban de muerte la mentira, la falta de respeto de hijos á padres, y los pecados contra la naturaleza; aplicaban la pena de destierro al ladron, al adúltero y al ébrio; y permitian la pluralidad de las mugeres, protegiéndola el gobierno en virtud de que el clima lo exigia así.

Al mérito militar se reservaban los grandes honores en esta república siempre armada; porque el valor se consideraba en ella como uno de los principales deberes; y la audacia, si era feliz en las batallas, tenia solamente derecho á las recompensas. Se cuenta que estos guerreros llevaban en sus aljabas dos flechas, en las que se veian los nombres ó los retratos de sus antiguos héroes. Empezaban el combate por arrojar una de estas flechas, que debian volver á recoger como un punto de esquisito honor. Las costumbres guerreras de este pueblo, se enlazaban con ciertas acciones caballerescas; pues despreciaban los ardides de la guerra, las emboscadas y los recursos de armas defensivas. Se presentaban al enemigo casi desnudos. Eran casi proverbiales su buena fé y franqueza en los tratados, su respeto á la vejez y su generosa hospitalidad.

Si su ódio era terrible y duradero, su amistad era sincera y comprobada en la adversidad; pero en estas virtudes se mezclaban todos los defectos de los pueblos bárbaros y conquistadores. Se mostraban regularmente altaneros, vengativos y feroces, tratando á los vencidos del mismo modo que los demás pueblos del Anáhnac. Sacrificaban á los dioses los prisioneros de guerra que no conservaban como esclavos; pero lo que hay que admirar en esta nacion, es el horror al yugo extrangero, el amor á la independencia y pasion por la libertad. El territorio de Tlascala, que se hallaba rodeado por las posesiones de México, Tezcoco, Cholula y Huexotzinco,

ofrecia apenas una línea de cincuenta millas de Oriente á Occidente, sobre otra de treinta millas de Norte á Sur.

Cuando esta república tocaba en el extremo de su mayor prosperidad, la envidia de sus vecinos tendió á eclipsarla completamente en el camino de su grandeza; pero á pesar de las reñidas y continuadas contiendas que sostuvo contra todos ellos, principalmente contra el opulento y orgulloso estado de Cholula, la victoria sonrió siempre á los valientes hijos de esta república. Pero al fin tuvo que habérselas con los acreditados guerreros del imperio mexicano, que no pudiendo ver con indiferencia el indomable espíritu de los habitantes de Tlascala, les exigió la obediencia en los tiempos de Axayacatl, y el mismo tributo que pagaban las demás provincias subyugadas; mas sin embargo de haberlos amenazado con la destruccion de sus ciudades en caso de negativa, el senado contestó con toda la altivez que le era característica, del siguiente modo: *que ni ellos ni sus antepasados habian pagado tributo ú homenage á ningun estraño, ni lo pagarian jamás: que si se les invadia, ya sabian ellos cómo habian de defender á su patria: que derramarian ahora su sangre en defensa de la libertad, con tanta profusion como sus antepasados la habian prodigado allá en lo antiguo, cuando derrotaron á los aztecas en las llanuras de Poyauhtlan.* En seguida las tropas del imperio se dirigieron hácia el territorio de los tlascaltecas; pero éstos lograron alcanzar completa victoria en una encarnizada batalla, donde fueron auxiliados por la tribu salvage de los otomíes, que luego estableció una colonia en los terrenos de la república. Habiendo continuado las hostilidades entre ambos paises, tuvo orígen desde entonces ese implacable ódio que vino á extinguirse con la pérdida de su recíproca nacionalidad.

No era posible que el orgullo de Moctezuma dejase suspensa la obra que habia comenzado su augusto padre; porque la existencia y obstinacion de esa pequeña república en medio de sus extensos dominios, le pareció una notable mancha arrojada sobre el variado cuadro de las numerosas conquistas del imperio. Por lo tanto el monarca azteca no pudiendo ya resistir la noble arrogancia de sus enemigos, les mandó un ejército bajo las órdenes de su hijo primogénito y de sus mejores generales; pero en vez de conseguir la fácil conquista que se habian figurado, la fortuna se la arrancó de las manos como las anteriores veces. El príncipe que iba á la cabeza de los mexicanos, pereció desgraciadamente en el combate; y á pesar de otro ejército mayor que vino luego á tomar venganza de la derrota, los tlascaltecas con la ayuda de los chichimecas, otomíes y todos los refugiados del Anáhuac, conservaron su libertad y territorio, como así mismo sus relaciones comerciales con los distritos marítimos del golfo, del cual pretendia privarles el emperador Moctezuma, y que era la verdadera y principal causa de la declaracion de guerra.

En la primer campaña se hizo memorable Tlalhuicole, famoso general de la república, que hecho prisionero y conducido á México en compañía de otros valientes, no tardó en ser llevado á la presencia del orgulloso monarca; pero Moctezuma, noticioso del extraordinario denuedo de este bizarro enemigo, le concedió generosamente la libertad de regresar á su patria. Mas el arrogante tlascalteca creyó muy poco noble la aceptacion de la real merced; pues le parecia mas recomendable morir en honor de sus dioses, que volver al seno de sus compatriotas despues de haber sido hecho prisionero. No queriendo Moctezuma privar de la vida á un hombre tan valeroso, procuró entretener su resolucion de morir en el sacrificio gladiatorio, siempre con la esperanza de hacerlo su amigo y servirse de él en beneficio de su corona. Al efecto lo hizo general de un ejército que envió contra el territorio de Michoacan; y como el valor y pericia de aquel soldado correspondió ventajosamente á la confianza que de él se habia hecho, volvió el rey á concederle la libertad y la vuelta á la república; pero habiéndola rehusado como la primera vez, le ofreció el muy honroso empleo de *tlacatecatl*, ó general en gefe de las armas mexicanas. El noble soldado rehusó con dignidad esta segunda gracia, suplicando al mismo tiempo que se le dejase morir en honor de sus dioses; y para que su muerte fuese en ostentacion de su valor, pidió con vehemencia que se la diesen en el sacrificio gladiatorio. Tres años se mantuvo en México el soldado republicano, y otros tantos se mantuvo firme en su bárbara resolucion. En fin, viendo el rey que era preciso condescender á ella, señaló el dia para el sacrificio gladiatorio, al cual precedieron ocho dias de bailes y otras diversiones; y luego en presencia del monarca, la nobleza y un numeroso concurso de pueblo, colocaron al republicano atado de un pié sobre el *temalacatl*, nombre que se daba á la piedra grande y redonda destinada á estos sacrificios. Salieron sucesivamente muchos hombres valerosos á combatir con Tlalhuicole, que segun afirman los antiguos historiadores, dió muerte á ocho é hirió á veinte; pero habiendo caido en tierra de un golpe que recibió en la cabeza, fué llevado por último á la presencia del sangriento ídolo, donde los sacerdotes le abrieron el pecho y sacaron el corazon, precipitando el cadáver por las escaleras del templo. Así concluyó su vida este valiente soldado.

Horrorosa hambre: sublevacion de los mixtecas y zapotecas: expedicion á Guatemala (1504 á 1505). Mientras tuvo efecto la guerra contra los tlascaltecas, una horrible hambre habia difundido la desolacion en varias provincias, particularmente en las cercanías de México, centro de los estados de Moctezuma; hasta el punto de verse obligado, como el anterior monarca de su mismo nombre, á permitir á sus hambrientos súbditos la emigracion á otras regiones, en donde perdieron su libertad. Pero antes de esto, viendo que se habia consumido todo el grano que tenian los particulares,

distribuyó entre sus vasallos cuanto maiz contenian los graneros del estado.

El ejemplo de la vigorosa resistencia de los habitantes de Tlascala, fué imitado por los estados de Michoacan y Tepeca, y sus respectivos límites se conservaron; pero menos felices los mixtecas y zapotecas, que osaron levantar abiertamente el estandarte de la revuelta, sucumbieron muy pronto bajo el peso de los ejércitos del imperio. En 1505, en momentos de cubrirse los campos de una abundante cosecha, las legiones aztecas fueron á atacar las plazas de Guatemala, se apoderaron de algunas de ellas é hicieron un gran número de prisioneros. Avanzaron hácia la península de Yncatan, y estuvieron de continuo ocupadas en combatir una porcion de pequeños estados, los unos no sometidos y los otros ya conquistados, buscando siempre los medios de escapar á la opresion del vencedor. Es preciso indicar que en esta época se despertaba en todo el Anáhuac el espíritu de independencia, y que solo el lazo del terror agregaba al imperio los diferentes pueblos que le obedecian. Habia adquirido su mayor desarrollo, y la fortuna le habia colmado de todos sus favores. Ostentaba entonces su mayor auge y se acercaba á sus peores dias.

Rebelion de Atlixco (1506). Los habitantes de esta provincia sometida, no pudiendo ya sufrir la insolencia de sus opresores, trataron de recobrar con heroismo su antigua independencia; pero sus intenciones quedaron burladas en una sangrienta batalla, donde se les hizo muchos muertos é innumerables prisioneros. En este año celebraron los aztecas las solemnísimas y últimas fiestas del principio de su nuevo siglo.

Nuevas expediciones á la Mixteca y Guatemala (1507). No habiendo habido guerra alguna en todo el año secular, los mexicanos prepararon luego una expedicion contra Tzolan y Mictlan, poblaciones mixtecas, donde lograron hacer únicamente algunos pocos prisioneros; pues la mayor parte de sus habitantes fueron á esconderse en la espesura de los montes. Desde allí se dirigieron hácia la provincia de Guatemala que acababa de rebelarse; y habiendo tenido efecto una reñida batalla en que murieron algunos caudillos mexicanos, la provincia sufrió otra vez el yugo de la dominacion con la pérdida de tres mil y doscientos prisioneros, que fueron inmolados en dos festividades que se hicieron en Tenochtitlan.

Expedicion á la provincia de Amatlan y otras del imperio: presagios de la venida de los españoles (1508). La desgraciada campaña de Tlascala no fué el solo revés ocurrido á las armas mexicanas; pues en una lejana expedicion contra Amatlan, azotado una buena parte del ejército azteca por un viento norte y una espesa nevada al paso de las montañas, pereció de frio á pesar de las precauciones que se tomaron de momento, y los que se salvaron milagrosamente del rigor del clima, fueron á morir á manos de sus ene-

migos. Al mismo tiempo se hicieron varias expediciones contra los estados de Tlascala, Huexotzinco, Atlixco, y los habitantes de Jepatepec y Malinaltepec; pero en vez de ser contraria la fortuna á las armas del imperio, se hicieron mas de cinco mil prisioneros en las diversas campañas que les fué preciso sostener.

Algunos años antes del desastre de Amatlan, la aparicion de un cometa habia consternado todo el Anáhuac. La multitud le miró como un funesto presagio, como el anuncio de un gran mal. Los enemigos de Moctezuma decian que éste era un signo precursor del fin del imperio y despotismo mexicano. Para calmar semejante espanto, del que Moctezuma temia los resultados, y probablemente para calmar tambien el suyo, ordenó á su astrólogo le esplicase esta aparicion. El astrólogo tan ignorante como el vulgo acerca de la marcha de los cometas, se explicó en el mismo sentido que aquel, y su malaventurada explicacion le costó la vida. Se le condenó á muerte por órden del mismo rey, para enseñarle á explicar mas políticamente el tránsito de los cometas. Se vé en una de las pinturas del manuscrito de Tellier en la biblioteca real de París, que durante cuarenta noches apareció una luz muy viva hácia el oriente de México: tal vez fuese esta luz la zodiacal, cuya viveza es muy grande y muy desigual bajo los trópicos, lo que se ignoraba probablemente en la corte de Moctezuma. Aun se contaban otros prodigios; pues decíase que se habian visto en el cielo ejércitos batiéndose; que las aguas del lago se habian agitado repentinamente, sin temblor de tierra y sin el menor viento; que las torres del gran templo de México se habian incendiado de improviso, y que ningun socorro humano bastaba á contener el incendio. En fin, esta tradicion: *que un dia vendrian unos hombres blancos y barbados á apoderarse del pais:* profecía que se creyó y circuló de boca en boca por todo el territorio de Anáhuac.

Acontecimiento notable de una princesa mexicana: sublevacion de Jochitepec (1509). A este último vaticinio se une la historia de la princesa Papantzin, hermana de Moctezuma, muerta y enterrada en una gruta subterránea, que vuelve del otro mundo llena de vida á referir á su hermano la próxima terminacion del imperio. Que los hombres blancos, á quienes conducian algunos bajeles, avanzaban para derribar los ídolos y hacer triunfar el culto del verdadero Dios; y que ella misma debia vivir para ser testigo de tan grande suceso, siendo la primera que recibiese las aguas del bautismo. Esta leyenda se hallaba fundada en la fabulosa historia de Quetzalcoatl, hombre blanco y barbado, gran sacerdote y legislador, y que desapareció anunciando que volveria para gobernar el Anáhuac, como ya hemos referido en el lugar correspondiente del anterior capítulo.

Este año los habitantes de Jochitepec, consecuentes al espíritu de independencia que reinaba en las provincias sometidas, desafió el

robusto poder de sus orgullosos opresores: pero el monarca azteca les hizo la guerra y volvió á someterlos inmediatamente á su dominacion.

Ereccion de un nuevo altar de víctimas humanas (1510). Considerando Moctezuma muy pequeña la piedra de los sacrificios, en comparacion de la extraordinaria magnificencia del templo mayor de su capital, mandó pulir otra bastante enorme que le estrajeron de las inmediaciones de Coyoacan. Al ser conducida de este pueblo á la ciudad de México, hubo la desgracia de que se hundiese dentro de un canal en los momentos de atravesar por un puente de madera, arrastrando consigo al sumo sacerdote y á multitud de otras personas; pero á pesar de esta imprevista ocurrencia, la piedra fué sacada y conducida al átrio superior del templo, donde tuvo efecto la dedicacion con muerte de todos los prisioneros de guerra, y en presencia de un concurso numeroso de personages de la alta nobleza del imperio. Las víctimas ascendieron á doce mil doscientos diez, segun opinion de muchos historiadores.

Nuevas expediciones de los mexicanos (1511 á 1515). Los *jopes*, sublevados á consecuencia de la insolente opresion de los soldados del imperio, quisieron asesinar la guarnicion que se hallaba en Tlacotepec; pero habiéndose descubierto su designio en vísperas de realizarlo, fueron reducidos á la obediencia con la pérdida de doscientos prisioneros de guerra. En 1512 salió una expedicion contra los *quetralapaneses*, pueblo que habitaba en la parte septentrional del valle, y con la insignificante pérdida de noventa y cinco hombres, ella hizo mil trescientos treinta y dos prisioneros que fueron inmolados en México. En los tres años siguientes continuaron las expediciones contra otras provincias, y éstas rápidas conquistas que dieron algunos dias de gloria á las armas mexicanas, colocaron el estenso imperio sobre la pendiente de un insondable abismo. Cada nuevo pueblo que caía bajo el ignominioso yugo de su dominacion, enemigo acérrimo de la pesada mano que lo oprimia, esperaba con impaciencia que llegase la suprema hora que la providencia destina á los grandes imperios de la tierra.

Muerte de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan: disenciones entre los sucesores á la corona (1516). La muerte del monarca de Tezcoco, perfecto imitador de su insigne é ilustre padre, sin haber declarado quien debia tomar las riendas del estado, puso en grave peligro la amigable armonía que habia reinado entre los reyes de la triple alianza, peligro mas temible para el imperio que los presagios y las predicciones. Los dos hijos de aquel monarca no tardaron en disputarse la corona: uno de ellos reclamó la cooperacion de Moctezuma; mas el otro desafió los ejércitos mexicanos y los batió diferentes veces. Esta guerra de familia duraba todavía á la llegada de los españoles, y veremos luego el partido que Cortés supo sacar de estas luchas. Pero dejemos por un momento á Moctezuma in-

quieto por la complicacion de tan graves dificultades interiores y esteriores, impaciente por la mala disposicion de los sacerdotes, y de la desunion que reina entre su propia familia: dejémosle para aplacar á los dioses, edificar un nuevo templo á la diosa Centeotl, á la diosa de la tierra que va á huir de sus manos, y dejémosle multiplicar los sacrificios humanos; pues es preciso volver la vista hácia el Oriente, hácia esta parte del horizonte en donde se formaba la tempestad contra el imperio.

Expedicion de Francisco Hernandez de Córdoba (1517). La hora fatal, la hora de las luchas encarnizadas va á dar luego paso al ambicioso monarca de México. Ya habia algunos años que Colon habia conducido los europeos al nuevo mundo. De todas las islas conquistadas en el mar de las Antillas, Cuba por su importancia y su posicion occidental, llamaba la atencion de aquella multitud de hombres que venian de España en busca de fortuna y gloria. Esta colonia progresaba bajo la administracion de Diego Velazquez, el mismo que la habia sometido en 1511. En este tiempo se hallaban allí reunidos varios oficiales, antiguos compañeros de Pedro Arias Dávila, llegados de Darien á causa de los sucesos que en él turbaron el reposo. Resolvieron, pues, tentar una expedicion de descubrimientos; porque la inaccion no podia convenir á unos aventureros tan emprendedores como ellos. Habiéndose propuesto á Francisco Hernandez de Córdoba el mando de dicha expedicion, este rico hidalgo aceptó y contribuyó con una buena suma á los gastos del armamento. Compráronse tres buques, dos por cada uno de los miembros de la sociedad, y el tercero por el gobernador Velazquez, quien no contento con autorizar tan bella empresa, contribuyó tambien á ella de su propio peculio. La flota tenia por primer piloto á Antonio Alaminos, natural de Palos, hábil navegante que habia servido desde sus tiernos años con Colon.

La escuadrilla se hizo á la vela el 8 de Febrero de 1517, y apenas hubo Alaminos doblado el cabo de San Antonio, cuando tomó el rumbo de la parte occidental, confiando en lo que le habia manifestado su antiguo almirante, de que hácia aquel punto debian descubrirse nuevas tierras. Tenia sobrada razon; pues al cabo de veintiun dias de peligrosa navegacion, distinguió la punta oriental de la península de Yucatán, á la que Colon se habia anteriormente aproximado, y de la cual se separó por una falsa indicacion. Esta punta de tierra recibió entonces el nombre de cabo de Catoche, y despues ha sido conocida con el de punta de las Dueñas. Tal fué el principio del descubrimiento de la Nueva-España. Delante de nosotros, dice Bernal Diaz, se mostraba á dos leguas de la costa, una poblacion mas considerable que ninguna de las ciudades de Cuba, y que recibió el nombre de Gran Cairo. Cinco canoas hechas de un solo tronco de árbol, vinieron á bordo con gran número de indios. Subieron sin miedo alguno: iban vestidos de telas de algodon, y excedian en decencia á los de Cuba que andaban generalmente desnudos. Al siguiente dia se presentó su gefe con doce canoas, é invitó al comandante á bajar á tierra, lo que se ejecutó con todas las precauciones convenientes; pero la astucia de los indios triunfó de la prudencia de los españoles; pues éstos fueron introducidos en una emboscada, donde algunos disparos de flechas les causaron quince heridos, y sin la mosquetería hubieran salido muy mal parados de este encuentro.

Los indios eran bravos y bien armados de lanzas, arcos, broqueles, y de una especie de espada guarnecida de piedras cortantes, ó mas bien cuchillos de piedra. Llevaban corazas muy espesas de algodon, semejantes á una camisola de tela acolchada; además, sus cabezas estaban adornadas de plumas, y se batian bien y con órden. No lejos de este campo de batalla se elevaban algunos edificios de masonería, cuyas piedras estaban unidas con argamasa de cal. Estos edificios manifestaban un destino religioso. Se veian así mismo un gran número de ídolos de tierra cocida, observándose en todos ellos algo de monstruoso en su figura. Habiendo caido prisioneros dos indígenas, recibieron el bautismo con los nombres de Julian y Melchor, los cuales sirvieron en lo sucesivo en clase de intérpretes. Dejando esta desgraciada orilla, vemos á Hernandez estenderse sobre la costa, descubrir á Campeche, y surgir en seguida cerca de un pueblo nombrado Pontonchan, donde tiene otra accion con los indios que le mataron cuarenta y siete hombres, y se vé obligado á quemar uno de sus buques por no tener gente para su maniobra. En seguida se dirige á las costas de la Florida, siempre atacado por los indígenas, y luego se vuelve al puerto de Carenas de la Habana, donde muere á los diez dias despues de su llegada.

Expedicion de Juan de Grijalba: aturdimiento en la córte de Moctezuma (1518). La primer expedicion que costó la vida á cincuenta y seis castellanos, debia producir resultados de mucha importancia; pues daba á conocer una nueva tierra al occidente de Cuba, habitada por hombres mejor vestidos, mas bien armados y mas valientes que los de las islas del mar de las Antillas. Todo hacia presumir que pertenecian á una nacion mas civilizada, con su culto público, sus templos, sus sacerdotes, y una organizacion regularizada. Tambien se suponia que habia grandes riquezas en este nuevo territorio, y esto solo bastaba para estimular la continuacion del descubrimiento. Velazquez tomó la empresa á su cargo con el mayor empeño; pues ella debia proporcionarle honor, fortuna y poder. Hizo armar tres navíos y un bergantin, montados por docientos cincuenta españoles en union de algunos indígenas de Cuba, y Juan de Grijalba tomó el mando de esta escuadrilla, bajo la direccion náutica del mismo Alaminos, piloto de Hernandez y depositario de las buenas tradiciones del almirante Colon.